

Hermenéutica existencial del lenguaje discreto del amor

Soliloquio del alma enamorada

Rodolfo Míguez Fuentes¹

Introducción

Desde el momento en que la Palabra de Dios entró al mundo y encarnada en Jesús dio nuevas y definitivas pautas de hermenéutica natural, al mundo empezó a quedarle totalmente claro el decir de Dios. «Los cielos cuenta la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos.» (Sal 19.1) canta el Salmista y con asombro lo escucha el alma que quiere creer y sospecha que hay un lenguaje discreto del cual es analfabeto.

Toda alma que Dios crea, la crea para amarla, por eso cuando ella llega a este mundo nace enamorada. ¡Loca de amor es ya nacida pero no lo sabe todavía!

Para vivir ese amor en plenitud, todo ser humano posee una habitación interior, subterránea, cálida en invierno y fresquísima en verano. Es como aquel lugar secreto del placer propio de los viejos castillos medievales, la cámara del buen vino; lugar inaccesible para todos excepto para el señor de la casa o aquel a quien él esté dispuesto a dar su permiso.

Esa habitación interior se parece también a una recámara nupcial, a la cual sólo tienen acceso el esposo y la esposa. Es el lugar de encuentro entre amados,

1 El autor es Magister en Enseñanza Universitaria por la Facultad de FHuCE, UDELAR, Licenciado en Archivología por la FIC, UDELAR, Licenciado en Teología por el ISEDET (Buenos Aires). Actualmente es Profesor del Departamento de Fuentes Documentales, Recursos y Servicios de Información, FIC, UDELAR. rodolfomiguez Fuentes@gmail.com

habitación extraña al mundo pues allí, ese sentimiento tan íntimo, deviene inmarcesible. En esa sala donde el tiempo claudica y se da por vencido, ahí, justamente allí suela la esposa preguntarle al esposo, qué es lo que viste en mí, que es lo que solamente Tú viste, como para hacerme tan deseada para ti.

1. El verdadero amor es perfumado

Todas y todos tenemos dentro de nosotros esa estancia cerrada, ese jardín secreto del alma, esa intimidad serena y silenciosa creada para el amor. No cualquier amor, sino uno poderoso, capaz de transformar vidas.

Sin embargo, la mayoría de las personas no sabe siquiera de esa habitación tan íntima e inviolable, atesora su libertad. Por eso la mayoría de las mujeres y los hombres que conozco, duermen y se despiertan cansados, trabajan y hacen planes frustrados, sufren sus vidas ahuecadas y ausentes de sí mismos más que vivir, se diría que duran.

Ellas y ellos no han bajado nunca a la cava del vino (¿cómo podrían hacerlo si no saben que existe?) ni se han dejado llevar en brazos por las galerías nupciales (¿cómo podrían hacerlo si no saben que el Esposo los espera de brazos extendidos?).

Viven desconociendo el pleno deleite de ese amor. Ignorando, sin quererlo, sin saberlo, al Esposo que le ha dado cita a sus almas y las aguarda adentro, bien adentro de sí mismos pero

Aunque se casen y tengan hijos y conozcan nietos, aunque sean capaces de reconocer las múltiples facetas del amor humano, si no bajan a ese aposento inviolable para todos los demás, lejos quedarán del placer infinito del amor a Dios.

Eso es revelación de Dios en las Sagradas Escrituras y no es difícil de entender para quienes queremos mirar la vida desde la fe. ¿Acaso todo amor propio de este mundo, aún el más intenso, no es una nada al compararse con el amor del Esposo por su Amada? Qué más da todo el amor del cual se disponga, si jamás podrá pasar de ser imagen imperfecta, copia infiel, muda y sin perfume, del amor que Dios nos quiere regalar.

¡Ay si supieras alma mía, si supieras, cuánto amor tiene Él reservado para ti!

¡Ay si supieras cuántas caricias te quiere regalar!

Eso me digo una y mil veces cuando la tristeza me coloniza, para recordarme que he nacido para la dicha, el gozo y la alegría.

2. Aburrido de mí mismo

Bien sé yo que los mortales llevamos en lo más profundo de nuestro ser esa íntima morada virgen de nuestras propias visitas, llena de ecos apagados de un lenguaje discreto que nadie es capaz de enseñar a interpretar. Sin embargo, se trata de una sublime hermenéutica capaz de ser aprendida, a la misma vez que dejamos de sentir que este ser –tan mío, tan nuestro- tirite en frío abandono.

Eso que digo saber lo siento. Espasmódica, e intermitentemente lo siento, cada vez que mi alma recuerda de pronto, para su dicha, para qué ha sido creada pura y simplemente para ser amada. Es un susurro intenso, voz seductora, pero respetuosa. Sí, el todopoderoso es todorrespetuoso.

Cómo me gustaría contarle todo esto que me atraviesa como láser a aquella y aquel a quienes de pronto la soledad los aprieta, el silencio los inquieta y tal vez, no pocas veces, hasta la oración le sabe a cosa amarga y sin sentido.

Si sabré yo de días como esos. Pudo ser un día cualquiera, uno más en el que sin aviso previo, todo lo que salió de mí pareció emerger de un abismo interior, como de un sótano de *no-ser*, de un espacio *ajeno engañosamente dentro de mí*, de un *no-querer-estar*, de un *no-saber-para-qué*, de un *desconcertante-hasta-cuándo*.

Hablo de días huecos. Horas desesperadamente aburridas. Sí aburridas. Esta era la palabra exacta que estaba buscando y se me escapaba, por vergüenza tal vez o por miedo a darle más alas al dolor.

3. Como querer atrapar el viento

Cuántos días me siento aburrido de mí mismo y empiezo a temerme. Por eso si de pronto hay risas y fiesta afuera, me apresuro a escaparme de mí mismo y corro hacia afuera y pruebo estirarme tanto. Me estiro entero. Me estiro todo cuanto puedo.

Estiro mis ojos para seguir sorprendiéndome de la atractiva e inagotable belleza de tantas cosas, paisajes y personas que están fuera de mí; estiro mis oídos para seguir asombrándome de que existan nuevas y preciosas melodías; estiro mis brazos, mis manos, mi piel, para dar y recibir caricias con la expectativa de seguir las sintiendo nuevas; estiro mi nariz como enajenado, desesperado por nuevas fragancias; estiro a más no poder mis labios para alcanzar con mi boca cosas exquisitas, sabores increíbles, experiencias no probadas todavía.

Nada de eso será suficiente. Por más que me estire jamás podré alcanzar lo que busco. Jamás. Alma mía, tienes sed de cielo y te estiras y te tiras sin consuelo,

al espejo flotante del brocal. Te escapabas a la velocidad de un rayo y corres casi sin aliento para evadirte de ti misma, y te alejas tanto cuanto puedes de la extraña cava del amor, sólo para quedar más sola.

¡Para qué negarlo! Eludo e intento olvidarme que soy algo más que un cuerpo, y aunque por un rato lo logro consumir esa evasión, confundiéndome, creyendo haber escuchado que me se me llamaba a la dicha y que la dicha estaba allá, afuera, ¡ay de mí! todo era una ilusión.

Todo era pura ilusión, porque mis ojos no se cansan de ver, ni mis oídos de oír; no se cansa mi boca de saborear, ni se harta mi piel de ser acariciada; ni siquiera mi nariz me da un respiro. Todo termina siendo en vano.

La huida se termina convirtiendo en vertiginosa carrera por los corredores de un laberinto extraño y yo mismo –transmutándome esquizofrénicamente en el perseguido y el perseguidor, en Teseo y Asterión, minotauro temible y a la vez lleno de pavor, que como en un juego de espejos sin límite, se desdobra atravesado de dolorosísimas contradicciones.

4. De pronto escucho la voz

Llegado a ese lugar sin espacio ni tiempo, a punto de perder toda esperanza, escucho la voz. A decir verdad, no son mis oídos los que la escucha, sino que es en el medio del alma, donde ella resuena.

Extraña voz que no está hecha palabras, pero dispone de un discreto lenguaje, que se sabe hacer entender. Es la voz que me invita a la libertad. Misteriosa, arcana llamada que a mi alma le llega desde adentro, desde abajo, desde mí y sin embargo, parece venir de otras galaxias, otra realidad, incierta, pero se puede intuir infinita y a la vez eterna.

Esa voz interior no me da reposo y paradójicamente me invita al descanso, al sosiego, a la paz. Se siente así como duda ontológica, como saber eterno anidado quién sabe dónde, pero capaz de hacerme vacilar. Sin embargo el miedo puede más y me resisto.

“¿Para qué quiero escucharte? No me molestes si aquí conversando y entretenido se está de lo más bien. ¿Cómo se te ocurre que voy a volver adentro? Estoy perdido afuera de mí, pero me da tanto miedo volver.”

Tengo tanto miedo de quedarme a solas conmigo mismo. Por supuesto que no es un asunto de miedo a lo que venga de afuera sino de temor a lo que surja desde adentro.

Es por eso que me lanzo voraz sobre una revista, o la televisión, o un helado, o una mujer, o un hombre, o el alcohol, o los hijos, o el prestigio, y *m- como-de-todo-eso* tal cual si fuera un hambriento desesperado *me lo como*, aunque sé que nada me saciará lo trago con voracidad. Es mi modo habitual de entretenerme, corriendo un poco el borde del aburrimiento.

Fue así que aprendí a *masticar* relaciones interpersonales, a *saborear* títulos, a *digerir* aplausos, y tantas otras cosas que alimentan mi ego dejándome hambriento de Dios. Nada de eso puede llenarme porque he sido creado para dejarme amar por Él.

5. Mendigando amor

La voz me cuenta que existo para el amor de Dios, para ser Su deleite. ¿O será que eso que llamo voz es el bisbiseo de la *lectio* resonando en la oquedad de mi alma? Sí, debe ser esto. ¿Acaso no está escrito: “*Dediquen su vida –toda su vida- para hacer lo que a Dios le agrada?*” (Col 3.2). “*Somos de Él, le pertenecemos. Así que si vivimos o morimos es para demostrarle nuestro amor.*” (Ro 14.8)

¿Acaso no fue Jesús mismo el que me dice que la razón de mi vida es amar a Dios *ante todo* con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas, con toda mi mente, pero argumento mil razones para amar *antes* a personas, cosas y proyectos? (Mt 22:37-39)

He sido creado *para vivir del* amor intensamente tierno que Dios quiere darme, pero me desvivo queriendo agradar a todos los demás. Quiero gustarle a los demás como el agua tibia a las manos. No me consuela pensar que todos queremos gustarle a todo el mundo como gusta el viaje en avión, la orilla del mar o la crema humectante sobre la piel reseca.

Por eso, cada dos por tres lo siento como una falta abrasadora, como una carencia que duele, como un cráter que se abriera en mi alma. Son esos momentos en que quiero gustarles a todos porque necesito ser reconocido, porque tengo un miedo horrible de *no existir* para alguien. ¡Y eso parece tan posible en este mundo! Porque lo veo. Veo gente condenada a *no-ser-vista* y yo no quiero eso para mí.

Basta mirarme para adentro, pero mirarme en serio para descubrir una necesidad incontenible de gustarle a los demás y por eso quiero sobresalir en mayor o menor medida, más groseramente o más sutilmente. Me doy lástima, me veo patético, pero estoy dispuesto a atravesar ese infierno si es necesario, con tal de ser visto, reconocido, amado.

“*¡Aquí estoy!*” grito, aunque por fuera me vean profundamente callado. “*¡Aquí estoy!*” digo, cuando escribo cartas, informes o ensayos que me cansan tanto. Pero compréndanme, cada vez que los termino encienden en mí una desasosegada esperanza *chiquititita* sí, pero cierta: “*Ahora sí se van a dar cuenta que valgo. Ahora sí que es seguro que Julio desde la otra punta del mundo me escribirá un email y me dirá algo lindo.*” Aunque suceda así, probado lo tengo, ni siquiera eso me conformará. Volveré a sentirme invisible para el mundo.

Puntualmente ese fracaso, da inicio otra vez al extraño círculo existencial de vanidad, ese querer atrapar el viento del que habla el Eclesiastés. Para entonces, el vacío me quema el alma, con la sospecha de *no-ser*, de *no-existir*, de *no-importar*. Claro que no lo digo, lo callo.

Eso no-dicho me hace adicto. A-dicción, la propia palabra lo denuncia el prefijo “a” niega lo que sigue “dicción”. Lo *no-dicho* me hace *a-dicto* a actitudes, a lugares, a rutinas, también puede llegar a hacerme adicto a sustancias -no pocas veces esta adicción es la más visible y a la vez la menos grave, pero eso es otro tema-.

6. Nacidos para vivir en voz alta

Por eso no es extraño que Cristo parado delante del ciego le pregunte: “*¿Qué quieres que haga por ti?*” (Mc 10.51), como si no fuera obvio. Lo que sucede es que Bartimeo para su propio bien debía responder, era indispensable que pusiera en palabras su dolor y lo hace. Dice lo *no-dicho*, se hace dueño de su voz. “*Quiero ver.*”. Entonces, recién entonces, el Señor puede obrar el milagro.

Nacimos para vivir en voz alta. Lo sé. Conozco esa historia desde niño. Sin embargo, dudo y me silencio. Es tan difícil confiar para decir lo que necesito decir, porque una vez dicho ya no podrá borrarse. El miedo me hace callar y callando me vacío de sentido, porque empiezo a replegarme, ocultarme, esconderme, pero los espacios en los que me mueve me exigen expresarme entonces empiezo a actuar un personaje.

¡Ay alma mía, preciosa, deseada de Su amor! Cada vez que dejas de ser, para *actuar*, la salvación se aleja un poco. Todo es tan simple en boca de Jesús: “*Busca primero...*” (Mt. 6.33) ¿Por qué lo haces tan complicado? ¿Por qué si en este mundo hay un vacío que implora por un lleno, y un lleno que espera desde hace una eternidad a ese vacío no se encuentran de una vez por todas? La respuesta es precisa: tú tienes que abrirle a Dios desde dentro.

Sí, claro que sí. Dios me creó para su amor, pero necesita que le dé permiso. El que todo lo puede, me pide permiso. El mismo Dios que no necesitó de mí para crearme, precisa urgentemente de mí para salvarme del sin sentido, para rescatarme de esa tristeza que me enferma y amenaza matarme. Él quiere llenarme de Él.

¡Qué sublime libertad me ha dado Dios, que ha puesto en mis manos la decisión de estar allí donde Él ya está para dejarlo fuera o hacerlo entrar!

7. Siento miedo de Ti

Él está esperándome y me seduce con una pureza virginal que no termino de entender porque el mundo me tiene acostumbrado a otras seducciones infinitamente menos puras. Y así yo termino encerrándome. Y en el mejor de los casos, si es que bajo hasta esa *habitación secreta de mi ser*, me encierro por dentro.

“Yo estoy a la puerta y llamo...” (Ap 3.20)

Sí, te escucho Señor, pero no te voy a abrir. Me tapo los oídos con las manos y me cuelgo del *streaming* de *Spotify* a todo lo que da el volumen, para no oírte. Básta por favor. Termina de decirme: *“Ábreme, hermana mía, esposa mía, paloma mía, inmaculada mía. Que está mi cabeza cubierta de rocío y mis cabellos de la escarcha de la noche.”* (Ct 5.2)

Mira que si insistes te responderé como la amada del *Cantar de los Cantares*: *“Ya me he quitado la túnica. ¿Cómo volver a vestirme? Ya me he lavado los pies. ¿Cómo volver a ensuciármelos? ¡Déjame tranquilo Dios que me da miedo escucharte!*

Tienes que entenderme Señor: cada vez que te escuché, la vida se me complicó tanto, que te tengo miedo. Le tengo miedo a tu amor, ese amor tan extraño. ¿Acaso Tú no has visto que seguirte fue siempre dar ventaja?

Me acerco a Ti y parece que me distancio de todos y de todo, porque me pides cosas que no son normales. Me provocas a sobresalir sí, pero no a sobresalir como a mí me gusta intentarlo apostando al aplauso. Tú me haces ‘visible’ ante los demás, y por demás. Pero me ven para criticarme, para abandonarme, para castigarme. Discúlpame, pero esa forma de amar tan tuya no la entiendo. Ese amor, a ese precio, no lo quiero.

Así mi alma ha buscado descansar en paz. Pero Él insistió y eso la desesperó.

No me alcanza la radio, ni el diario, ni el tórrido vértigo de los besos humanos para dejar de escucharte: *“Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno escucha mi voz y abre la puerta, yo entraré a él y cenaré con él y él conmigo.”*

¿Sigues allí todavía? ¿Pues quédate ahí si quieres, pero te lo suplico, cállate!
Me cansas. Te temo.

8. Llévame Señor bien adentro allí donde Tú estás

Sí, mi alma le teme, pero también lo anhela, porque sabe de oídas que sin Él todo le falta, pero ha aprendido algo más. Ahora también sabe por experiencia que sin Él todo le sobra.

Te suplico que me llesves a la habitación del vino ahora mismo. Recuerdo que dice tu Palabra que quieres llevarme allí en donde guardas el mejor vino para enloquecerme con tus caricias. (Ct 1.1-4) Llévame ahora que estoy decidido. ¡Ahora Señor, no mañana! Mañana tal vez me vuelva a fallar este amor tan frágil que te tengo. Pero hoy me tienes dispuesto.

¡Ayúdame Tú, pues nadie más podría llévame hasta allí!

Condúceme Espíritu de Cristo, bien adentro, porque bien adentro soy sólo armonía. Bien adentro soy sólo tibieza. Bien adentro no hay oleajes de vida. Bien adentro no hay tormentas dañinas.

Llévame bien adentro, allí donde no hay reproches. Bien adentro, donde ya no hay lugar para la noche.

Bien adentro todo está bien. Bien adentro todo está en orden. Bien adentro todo está en su sitio. Bien adentro nada me apura. Bien adentro todo es dulzura.

Llévame Señor bien adentro, allí donde nada inquieta. Bien adentro todo se aquieta. Bien adentro ya no hay miedo. Bien adentro ya no hay culpa. Bien adentro se acabaron las disputas. Bien adentro es donde está tu fuego. Bien adentro se cobija mi anhelo. Bien adentro yo no estoy perdido. Bien adentro yo no estoy rendido.

Llévame, te lo ruego, que me estoy muriendo de amor (Ct 5.8).

Fuentes de inspiración

Un soliloquio espiritual suele carecer de referencias bibliográficas propiamente dichas. Eso no significa que no sea deudor de diversas fuentes de inspiración. Las correspondientes a este texto son las siguientes. Si bien no fueron las únicas, el autor es consciente que su combinación íntima obró de manera singular, dándole a *Hermenéutica existencial del lenguaje discreto del amor*, un marco teórico de referencia a la reflexión.

- Boff, Leonardo. (2007). *Los sacramentos de la vida. Y la vida de los sacramentos*. México D.F.: Ed. Dabar.
- Borges, Jorge Luis. (1947). *La casa de Asterión*. Múltiples ediciones.
- Cardenal, Ernesto. (1980). *Vida en el amor*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Gutiérrez, Gustavo. (2ª Ed. 1983). *Beber en su propio pozo*. Lima: CPE.
- Hermano Lorenzo. *La práctica de la presencia de Dios*. Múltiples ediciones.
- Larrañaga, Ignacio. (2015). *Encuentro. Manual de oración*. Buenos Aires: Talleres de Oración y Vida.
- Martini, Carlo Maria. (1998). *Vivir con la Biblia*. Buenos Aires: Planeta.
- González Vallés, Carlos (7ª Ed. 1992). *Busco tu rostro. Orar los Salmos*. Santander: Sal Terrae.